

América Latina: ciencias sociales y sociedad hacia el siglo XXI

Raquel Sosa Elízaga

Si la rabia te durara hasta mañana, las cosas cambiarían
Bertold Brecht, Madre Coraje

Resumen

Desde la perspectiva de las violentas transformaciones que han tenido lugar en América Latina durante los últimos veinte años y que han obligado a los científicos de todas las disciplinas a revisar sus planteamientos previos sobre las cuestiones que afectan a las sociedades latinoamericanas, este artículo expone una visión particular acerca de algunos de los problemas que enfrentan las ciencias sociales hoy y el impacto que éstas puedan tener en el siglo XXI. Analiza la óptica desde la cual estas disciplinas se aproximan a sus objetos de estudio y el cómo resituarse ante las exigencias de las instituciones donde se realizan sus investigaciones. La autora afirma que los científicos sociales deberán redefinir en el futuro sus relaciones con las sociedades a las que pretende analizar y cuyos problemas aspiren contribuir a resolver. Entre sus conclusiones afirma que reconocer detrás del aparente caos una nueva lógica del cambio social, desentrañar sus coordenadas, seguir sus pasos, es posiblemente la tarea más trascendente que se pueda plantear el conocimiento científico.

Abstract

From the perspective of the violent transformations taken place in Latin American the last twenty years and had forced scientists of all disciplines to review their previous proposals about issues which affect the region and its societies, this article exposes a particular vision about some problems that social sciences must face up today. It also remarks the impact that these sciences can have in the future. It focuses some considerations to re-orient the view from which these disciplines move toward their study objects and how they can redirect themselves regarding the demands of their institutions. The author asserts that social scientists must remodel their relations in the future with the societies they wanted to analyze and contribute to solve their problems. Between the conclusions the author says that recognize, behind the apparent chaos, a new logic of social change, looking for its directions and follow its steps, it is, perhaps, the most transcendental work that might remark from the scientific knowledge.

Las violentas transformaciones económicas, sociales, culturales y políticas ocurridas en América Latina durante los últimos veinte años han obligado a los científicos de todas las disciplinas y áreas de conocimiento a revisar sus planteamientos previos sobre las cuestiones que afectan a nuestras sociedades, a reorientar la óptica desde la cual se aproximan a sus objetos de estudio, y a resituarse ante las exigencias de las instituciones en las que se realizan sus investigaciones. En el futuro, es posible también que los científicos sociales deban redefinir –de un modo en que no lo han hecho hasta ahora– sus relaciones con las sociedades a las que pretendan analizar y cuyos problemas aspiren contribuir a resolver.

De acuerdo con estas premisas, en el presente ensayo expondremos brevemente nuestra visión sobre algunos de los problemas que enfrentan nuestras disciplinas (las ciencias sociales) ahora, e intentaremos proyectar su impacto a inicios del siglo XXI.

La redefinición del objeto de estudio

A partir de la independencia política de los países de América Latina, que ocurrió en la mayor parte de los casos en la segunda década del siglo XIX, dos corrientes de pensamiento dominaron el estudio de la región. La primera, definida en sus inicios como hispanoamericanismo y en este siglo como latinoamericanismo, se conformó a partir de la existencia de un objeto de conocimiento constituido por los países del continente americano que se habían independizado de España y Portugal, e incluyó posteriormente a todas las ex colonias inglesas, francesas y holandesas del Caribe.¹ El reconocimiento de la unidad temática y problemática en que se basó el latinoamericanismo era tanto geográfico como histórico y político. Incorporaba a los países situados al sur de la frontera de Estados Unidos que compartían rasgos históricos, culturales, sociales, económicos y políticos, al tiempo que se proponía llevar a la práctica un proyecto político integrativo que permitiera al conjunto de los países, sobre los cuales pretendía ejercer una influencia, conocer sus rasgos fundamentales y superar las debilidades de su recién adquirida independencia, en particular, el acoso de las grandes potencias. Por esta razón, sus expositores simbólicos más destacados fueron no académicos, sino políticos: Simón Bolívar y José Martí.

La corriente opuesta, el panamericanismo, pretendió, en cambio, establecer una unidad de conocimiento y política más amplia que, con todos los países del continente, incluyera a Estados Unidos. Desde esta visión se promovió activamente la intensificación de relaciones comerciales, diplomáticas, políticas y militares bilaterales entre Estados Unidos y los países de América Latina (prácticamente sin considerar a Canadá) y se buscó alejar al continente americano de toda influencia europea. Así, el llamado panamericanismo se constituyó en política del gobierno estadounidense a partir de la presidencia de James Monroe. Su frase simbólica "América para los americanos" (bajo la hegemonía estadounidense) sería, a partir de entonces, el postulado teórico y político que rigió sobre los estudios que desde Estados Unidos se difundieron en el resto del continente.²

¹ Cfr. Ricaurte Soler, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*, México, Siglo XXI, 1980; José Luis Romero, *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981; Leopoldo Zea, *Dialéctica de la conciencia americana*, México, Alianza Editorial, 1976.

² Carlos Bosch García, *La base de la política exterior estadounidense*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1975; Frank Donovan, *Historia de la doctrina Monroe*, México, Ed. Diana, 1966.

Muchas historias pueden contarse desde entonces sobre la evolución de esa confrontación de posturas. Lo que interesa destacar para la historia reciente y el futuro próximo de la región es que en el debate contemporáneo sobre América Latina se han reeditado, de manera cruda, aunque con algunas novedades, las diferencias que dieron origen a estas visiones en el pasado.

A lo largo de los años neoliberales (los ochenta y noventa), nuestra región vio alejarse la perspectiva de un desarrollo independiente con la adopción, por la mayor parte de los gobiernos de sus países, de medidas que implicaban la obligada subordinación a políticas dictadas por los organismos financieros internacionales hegemónicos por Estados Unidos, y en buena parte de los casos, directamente impuestas por ese gobierno. La apertura económica y comercial, el pago de una monstruosa deuda externa, los procesos de privatización de las industrias estratégicas y el desmantelamiento del gasto social del Estado condujeron a la mayor crisis de soberanía en las decisiones políticas, económicas y sociales de los países de toda la región, desde la Independencia.³

Aún en el caso de Cuba, que resiste al aislamiento y al bloqueo, los determinantes externos de la realidad de cada uno de nuestros países volvieron a constituirse en el peso principal que impide o dificulta toda opción para recuperar la identidad y complementariedad desde la que se planteó el latinoamericanismo hasta ahora. El panamericanismo, por su parte, se presenta ahora como "globalización" y para América Latina no ha implicado sino el recrudecimiento de una condición de dependencia y subordinación respecto a las orientaciones políticas, económicas y militares estadounidenses.

La embestida de la "globalización" supone: la aceptación acrítica de las normas que establecen la prohibición del proteccionismo para los países de América Latina y su rígida adopción en beneficio de Estados Unidos; la apertura indiscriminada a la importación de todos los productos procedentes del norte del continente y el cierre de fronteras para los trabajadores migrantes de los países del sur; la venta masiva de armas, el narcotráfico, la inseguridad pública en nuestra región y la intervención militar, la supervisión de todas las decisiones políticas y el control de la seguridad hemisférica por parte de Norteamérica.⁴

En estas condiciones, el mundo ha vuelto a estrecharse y las opciones parecen más reducidas desde el punto de vista de una región como la nuestra. El peso de las responsabilidades impuestas en todos los órdenes impide a nuestros científicos e intelectuales pensarse a sí mismos dentro de una unidad de conocimiento como

³ Agustín Cueva, Posfacio a *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1991; Pedro Vuskovic, Pablo González Casanova et al., *América Latina hoy*, México, Siglo XXI, 1990; Marcos Roitman (editor), *América Latina, entre los mitos y la utopía*, Madrid, Universidad Complutense, 1990.

⁴ Carlos Vilas, "América Latina y el nuevo 'orden mundial'", en Pablo González Casanova y John Saxe-Fernández (coordinadores), *El mundo actual: situación y alternativas*, México, Siglo XXI, 1996; John Saxe-Fernández, "Globalización y regionalización: ¿nueva etapa capitalista?", en *Política y cultura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, núm. 8, primavera de 1997.

la que previó el latinoamericanismo (hispanoamericanismo) del siglo XIX, y las promesas incumplidas de la globalización reiteran la frustración en quienes esperaban ser algo más que personal de "segunda clase" del "nuevo bloque americano". En éste, por lo demás, no ha llegado a plantearse —y difícilmente lo hará en el futuro— otra relación con el resto del mundo que no suponga competencia, confrontación y pretensiones de hegemonía.

Ahora bien, si pensamos en la posibilidad de restablecer los vínculos teóricos y políticos que dieron vida al latinoamericanismo en las condiciones actuales, debemos comenzar por plantear que para ello es preciso asumir como hipótesis que las relaciones de la región frente al resto del mundo no tienen por qué depender de las decisiones estadounidenses. Romper con la carga mental que supone asumir la inevitabilidad de nuestra situación, superar la expectativa de una mejoría no experimentada y recuperar el espacio intelectual y creativo necesario para imaginar escenarios distintos; sin embargo, no es tarea fácil.⁵

Nuestras economías han perdido o nunca tuvieron la mínima ventaja comparativa para acceder al gran juego del mercado internacional; nuestras sociedades se han empobrecido hasta la ignominia por las erráticas y excluyentes políticas de gobiernos demasiado ocupados en parecer dignos de la confianza de los organismos financieros internacionales; diversas formas de resistencia popular han sido una y otra vez aplastadas por el siempre creciente aparato policiaco y militar; las corruptas burocracias han hecho inmensos negocios con recursos públicos y son cómplices de grupos financieros enriquecidos por la especulación, el lavado de divisas y el narcotráfico. Con todo esto debemos contar si pensamos en los cambios profundos que se requieren, si buscamos evitar que la descomposición y nuestro desánimo abran la puerta a la rapiña internacional de recursos estratégicos y humanos, o aun de grandes extensiones de territorio, como ocurrió durante el siglo XIX y parte del XX.⁶

En dirección a los cambios necesarios, y al tipo de conocimiento que se requiere para hacerlos posibles, debemos asumir la reivindicación del espacio propio para asegurar la supervivencia digna de los casi quinientos millones de seres humanos que pueblan la geografía del subcontinente; la necesidad de establecer políticas tendientes a la ocupación o reacondicionamiento de territorios susceptibles a una reactivación productiva; la decisión de promover una redistribución de la riqueza a través de medidas fiscales y políticas financieras tendientes a gravar las grandes ganancias, sancionar la especulación y estimular el desarrollo.

⁵ Cfr. Luis Fernando Ayerbe, "América Latina/Estados Unidos. Neoconservadurismo y guerra cultural", en *Nueva Sociedad*, Caracas, núm. 147, enero-febrero de 1997.

⁶ John Saxe-Fernández (coordinador), *Globalización: crítica a un paradigma*, México, IIEC-UNAM/DGAPA/Plaza y Janés, 1999; Octavio Ianni, *Teorías de la globalización*, México, CIICH-UNAM/Siglo XXI, 1996; André Gunder Frank, "Globalización, no occidentalización", en Francisco López Segrera (editor), *Los retos de la globalización*, Venezuela, UNESCO, 1998; Francisco de Oliveira, "Vanguardia del atraso y atraso de la vanguardia: globalización y neoliberalismo en América Latina", en Emir Sader (editor), *Democracia sin exclusiones ni excluidos*, Venezuela, Nueva Sociedad, 1998.

Plantearse como objetivo teórico y práctico la recuperación de la dignidad de la vida de estos millones de seres humanos supone también estar dispuestos a promover la reorientación y el incremento del gasto público en dirección a la universalización de los derechos sociales; impulsar la capacitación de la fuerza de trabajo, así como de la investigación científica y tecnológica; disminuir el gasto público en armamentos y control policiaco e incrementar la capacidad colectiva de supervisión y sanción de comportamientos ilícitos de los funcionarios públicos, particularmente los orientados a proteger las actividades de la delincuencia organizada; establecer formas democráticas de planeación, ejecución y evaluación de los planes de desarrollo social, e intercambiar productos, personas e ideas en busca de la complementariedad y el mutuo enriquecimiento, y no como fórmula de avasallamiento o sujeción.⁷

Sólo así puede concebirse como factible en términos estratégicos la supervivencia de esa unidad histórica a la que denominamos América Latina. La reconstrucción de la región ha sido ya tema de estudio para muchos académicos y de ella se ocupó el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología en 1995.⁸ No obstante, está lejano todavía el día en que esa aspiración tenga condiciones para concretarse y, aun en ese caso —que ojalá ocurra antes de que sobrevenga una catástrofe social de proporciones inestimables y tal vez irreversibles—, debemos agregar a nuestro planteamiento un escenario internacional en que lo que proyectamos para la región tendría receptividad más allá de nuestras fronteras.

La reconstrucción latinoamericana, si debe entenderse como opción de futuro frente a la globalización, es contradictoria con cualquier proyecto que en el mundo suponga el desmantelamiento de la rectoría económica del Estado; la entrega incuestionada de recursos, fuerza de trabajo y políticas públicas al mercado internacional; el incremento de la violencia en defensa de poderosos intereses económicos y la consiguiente consolidación de la exclusión.

Por esta razón, la reconstrucción puede comenzar a tejerse socialmente —como nunca antes en la historia—, en sincronía con otras experiencias de resistencia a la exclusión; de negación de la omnipotencia de los grandes poderes del capital, la tecnología y el dominio militar; y aproximarse, sin perder su esencia, a la experiencia y aspiraciones de otros excluidos en el planeta.

⁷ Pedro Vuskovic, *Pobreza y desigualdad en América Latina*, México, CIICH-UNAM, 1993; Pablo González Casanova, "La explotación global", en *Memoria*, México, número 116, octubre de 1998; Lucio Oliver, "El Estado latinoamericano ante la mundialización del capital" y Jorge Vergara Estévez, "Los nuevos caminos de la integración en América Latina", en *Estudios Latinoamericanos*, México, CELA/FCPyS/UNAM, núm. 9, enero-junio de 1998; Asa Cristina Laurell (coordinadora), *Hacia una política social alternativa*, Caracas, IERD/Friedrich Ebert Stiftung, 1996; Anibal Quijano, *La economía popular y sus caminos en América Latina*, Perú, Mosca Azul Editores, 1998; Eduardo Ruíz Contardo, "Democracia, participación popular y neoliberalismo", en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coordinadores), *La teoría social latinoamericana. Cuestiones contemporáneas*, México, CELA, FCPyS, UNAM/El Caballito, tomo IV, 1996; Instituto Nacional de Formación Política, *Neoliberalismo y resistencia popular*, México, PRD, 1998.

⁸ Raquel Sosa Elizaga (coordinadora), *América Latina y el Caribe: perspectivas de su reconstrucción*, México, ALAS/Coordinación de Humanidades, UNAM, 1996.

La opción de establecer relaciones horizontales entre países pobres, poblaciones pobres en los países ricos, y de ampliar el espectro de las relaciones con las potencias hasta incluir, desde sus propias condiciones, lo que Wallerstein ha llamado el sistema-mundo, obliga a replantear los presupuestos teóricos y la orientación política del latinoamericanismo actual y del futuro.

Una concepción semejante supone la redefinición de los conceptos de espacio y tiempo en las relaciones sociales, la organización nacional, la soberanía, los ámbitos de relación y las formas de integración internacional. Imaginar sociedades en las que se reconozcan y promuevan los derechos humanos individuales y colectivos; se establezcan redes de comunicación y cooperación; se intercambien experiencias para el mejoramiento de la calidad de vida y se estimule la ampliación de la libertad y el desarrollo de la creatividad puede ahora parecer un ejercicio intelectual inútil, pero indudablemente nos coloca ante un abanico de opciones de intercambio global distinto al actual.⁹

El redefinir los temas y problemas fundamentales de conocimiento, las formas en que se analizan en otras latitudes desde experiencias semejantes, hasta construir un lenguaje común pueden ser las premisas básicas para un renovado latinoamericanismo. Éste deberá fundarse en la comprensión de un mundo al que es preciso resistir en términos de su construcción actual de relaciones de poder, pero con el que es posible desarrollar relaciones de intercambio, planteamiento de problemas comunes y ampliación de horizontes de una manera que nunca antes se había intentado.

La producción científica y la redefinición de los campos de conocimiento

El largo camino recorrido en la construcción de las disciplinas científicas en América Latina coincide en el siglo XIX con los requerimientos definidos por las inestables autoridades políticas de nuestro subcontinente, así como con un flujo de ideas procedente principalmente de Europa, pero que poco a poco comenzó a llegar también de Estados Unidos. Para decirlo en términos esquemáticos, y seguramente simplificadoros, a principios del siglo XX, las universidades latinoamericanas, principales espacios del debate científico en la región, estaban dominadas por el positivismo. Después de los años veinte, y particularmente con la crisis en las universidades más importantes del continente, comenzaron a abrirse espacio las disciplinas como las conocemos hasta hoy, aunque con una orientación esencialmente humanista.¹⁰

⁹ Edgardo Lander, "Modernidad, colonialidad y posmodernidad", en Emir Sader (coordinador), *Democracia sin exclusiones...*, op. cit.

¹⁰ Renate Marsiske, *Movimientos estudiantiles en América Latina: Argentina, Perú, Cuba y México, 1918-1929*; Jorge Witker, *Universidad y sociedad en América Latina*, México, UNAM, 1971; Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1978.

Hacia los años cincuenta de este siglo, la influencia principal era ejercida por el funcionalismo; en los sesenta y setenta, se introdujo con gran fuerza el marxismo, aunque el proceso quedó suspendido con el cierre o intervención militar de las universidades, la persecución, asesinato o exilio de muchos de los intelectuales críticos más destacados del subcontinente, y el ejercicio de una influencia internacional considerable en apoyo al restablecimiento de determinados procesos de investigación.¹¹

En los ochenta –periodo en que ocurrió la llamada transición democrática en la mayoría de los países del Sur– se produjo una reorganización generalizada de la actividad académica; se recuperaron debates y textos perdidos en los años de las dictaduras; se restablecieron las disciplinas humanísticas en las universidades; se multiplicó el número de trabajos de corte exclusivamente empírico, y se replanteó la relación entre la universidad, la sociedad y el Estado.

Es difícil hablar de una influencia dominante en este periodo, pero no podemos dejar de reconocer la actitud ecléctica de la mayor parte de los estudiosos. Todavía está por hacerse el recuento de los olvidos, las pérdidas definitivas y las recuperaciones parciales que ocurrieron entonces. Divididos entre la necesidad del restablecimiento de una cierta “normalidad” y las deficiencias evidentes de los procesos de “transición”, investigadores y docentes estuvieron posiblemente más concentrados en la recuperación de espacios estables de trabajo, que en una reflexión de mayores dimensiones sobre lo que los años del terror habían producido en la sociedad, las instituciones, y en ellos mismos.

Fue hacia finales de la década de los ochenta, con el fin de la guerra en Centroamérica, la caída del Muro de Berlín y la adopción del neoliberalismo como política de Estado en la mayor parte de nuestros países, que nuestros estudiosos comenzaron a reconocer los vínculos entre dictaduras y gobiernos formalmente democráticos –aunque prácticamente secuestrados por los grupos financieros, los organismos internacionales y el poder militar. Este y otros hallazgos de los que hablaremos enseguida hicieron posible que se reiniciara el debate sobre la historia, las dificultades actuales y las alternativas en la región.

A partir de los años noventa, no han cesado las polémicas que enfrentan al pensamiento crítico con la visión neoliberal, globalizadora. Lo que apenas comienza a adquirir forma es la idea de que es posible enfrentar, de manera simultánea, los saldos pendientes de las dictaduras, la guerra y el terror, y los desastres sociales de la era neoliberal.¹²

En todo caso, es importante señalar que, hasta ahora, el impacto de los cambios políticos más importantes de la región se ha sentido de manera significativa

¹¹ Raquel Sosa Elizaga, “Evolución de las ciencias sociales en América Latina (1973-1992)”, en *Estudios Latinoamericanos*, México, CELA, FCPyS, UNAM, nueva época, año I, número 1, enero-junio de 1994.

¹² Atilio Borón, “Réquiem para el neoliberalismo”, en Emir Sader (coordinador), *Democracia sin exclusiones...*, op. cit.

en la organización de las instituciones dedicadas al conocimiento; en el financiamiento privilegiado o la exclusión de cierto tipo de trabajos y, desde luego, en la relación que guardan las universidades y otros centros de investigación y docencia con las autoridades políticas de cada uno de nuestros países.¹³

Por su parte, y refiriéndonos en particular a nuestro campo de estudio, es preciso reconocer que, mientras que las largas dictaduras impusieron durante años la clausura de carreras como la sociología, la ciencia política y la antropología, el neoliberalismo impulsó decisivamente la reorganización de la economía, poniéndola al servicio de los proyectos estatales vinculados a la privatización, la apertura comercial y financiera y la reducción del gasto social.

Estos hechos afectaron considerablemente la continuidad y superación de las investigaciones específicamente sociales, y condujeron a una reubicación masiva de académicos, que aún no ha sido evaluada como tal. Lo evidente es la reducción de presupuestos de las universidades públicas, el crecimiento de las universidades privadas y la fundación de centros independientes ("flexibles") de investigación promovidos por empresas, fundaciones internacionales y, en menor medida, organizaciones sociales. Para ponerlo en términos prácticos, las antiguas disciplinas comenzaron a ser acompañadas y competidas en su quehacer por lo que podríamos llamar "científicos *ad hoc*".¹⁴

Uno de los efectos palpables de semejante proceso es que, mientras la investigación teórica prevaleció, con limitados espacios, en las universidades, los centros independientes de investigación asumieron de manera agresiva el papel de desarrollar investigaciones empíricas para uso inmediato, con financiamientos orientados hacia metas específicas, frecuentemente ligados a requerimientos de uno u otro grupo social; por su parte, la invasión de la economía en todos los campos de las ciencias sociales no se produjo, como Marx lo hubiera deseado, en dirección a comprender el modo en que la apropiación y concentración de la riqueza determinan las relaciones sociales, sino justamente al contrario: para establecer las condiciones de fragmentación, dispersión y pérdida de sentido de las relaciones colectivas hasta el punto que requiera la pavimentación del camino hacia la completa invasión y dominio del nuevo e impersonal ente del mercado. Más aún, esto sólo a condición de que la sujeción sea tal que se convierta en imperceptible, es decir, que el proceso de dominación deje por completo de ser objeto de investigación o, en estricto sentido, hecho de conocimiento.

¹³ José Joaquín Brunner, "De la universidad vigilada a la universidad empresa", en *Nueva Sociedad*, Caracas, núm. 84, julio-agosto de 1986; Hernán Courard (editor), *Políticas comparadas de educación superior en América Latina*, Chile, FLACSO, 1992; Atilio Borón, "Universidades al borde de la asfixia", en *Horizonte sindical*, México, núm. 1, enero-marzo de 1994; Daniel Levy, *La educación superior y el Estado en Latinoamérica*, México, CESU/FLACSO/Porrúa, 1995.

¹⁴ Angel Díaz Barriga, *Empleadores de universitarios*, México, CESU/Porrúa, 1995; Juan Esquivel Larrondo (coordinador), *La universidad hoy y mañana. Perspectivas latinoamericanas*, México, ANUIES/CESU, UNAM, 1995.

Nunca como ahora, el férreo dominio de las "leyes del mercado" redujo de manera tan dramática el campo de estudio de las ciencias sociales, y nunca fue tan repetida la negación de fronteras del conocimiento, sin que ello signifique transgredir efectivamente los horizontes de visibilidad de la época.

La nueva agresión a las disciplinas, y en particular a la sociología, proviene así, también, de la aceptación de supuestos epistemológicos a partir de los cuales la evolución de la humanidad se asume como un *continuum* del mercado, de la globalización tal como la conocemos hoy, de relaciones colectivas ordenadas de acuerdo a leyes inescrutables por desconocidas, aunque determinantes de todas las pequeñas y grandes ocasiones de las colectividades. Todo topa con el mercado, todo se detiene frente a él, todo tiende a confirmar sus designios. Fausto está otra vez entre nosotros.

Asimismo, el deterioro y la marginación de las universidades públicas ha dado lugar, en mi opinión, a diversos fenómenos: se incrementa la presión por reducir el número de carreras, profesores e investigadores, al tiempo que se abre espacio a la producción e impartición de conocimientos generales —no concebidos como interdisciplinarios, sino como sustitutos de las disciplinas. De este modo, se busca "ampliar el horizonte cultural" de estudiantes que, en su mayoría, no podrán insertarse en el mercado de trabajo.

En los posgrados, en cambio, la tendencia es orientar el conocimiento hacia áreas especializadas para las que existe una demanda específica en el mercado. En conjunto, se promueve una formación ecléctica en la licenciatura, para luego desarrollar, a nivel de posgrado, "estudios políticos y sociales" o de "ciencias sociales" "con orientación práctica en..."¹⁵

Simultáneamente, se incrementa la presión hacia las universidades desde los gobiernos, las empresas y otros centros productores de conocimiento, estableciéndose una cierta competencia por financiamientos, determinación de tiempos más cortos para la investigación, y predominio de las investigaciones empíricas o "conocimientos prácticos". La universidad se devalúa por la vía de la reducción del subsidio, pero también por la presión que ejercen sus autoridades al pagar salarios de acuerdo a presuntas "eficiencias terminales" de las carreras, así como a "productividad", medida por la cantidad de libros o artículos editados, conferencias o cursos impartidos, y asistencia a seminarios, de preferencia "internacionales".¹⁶

Estas situaciones han producido, a mi entender, el perverso resultado de disminuir la capacidad de producir conocimiento maduro y de calidad en las universidades y desde las disciplinas de conocimiento. Toda frontera del conocimiento, sin

¹⁵ Carlos Imaz, *La educación en México a fines del siglo XX*, México, tesis de maestría en Sociología, DEP, FCPyS, UNAM, 1990; Karla González Romero, *Educación superior en el marco del modelo neoliberal: los casos de Argentina, Brasil y México*, México, tesis de licenciatura en Sociología, FCPyS, UNAM, 1997.

¹⁶ Banco Mundial, "La enseñanza superior. Las lecciones de la experiencia", en *Excelsior*, México, 23 de enero de 1996.

haber sido consciente y voluntariamente superada para optar por formas de integración, intercambio y superación de la reflexión científica, es simplemente abandonada en aras de una presunta eficiencia terminal, de la búsqueda de una incorporación rápida al mercado, y de una competencia encaminada a dirigir "desde afuera" el proceso de conocimiento y reducir su ámbito de influencia.

Debe señalarse que semejantes presiones tienen como consecuencia, además la ruptura de lo que pudiéramos llamar las cadenas del pensamiento, tanto en términos de la pérdida del sentido y orientación del conocimiento, como en el uso de metodologías y técnicas de investigación y enseñanza-aprendizaje, como, finalmente, en cuanto a la utilidad social de la producción científica. No es casual que semejante estrechez de horizontes corra paralela a un abandono de la visión de las responsabilidades sociales de los Estados, a la pérdida de soberanía de la que hablamos en el apartado anterior.¹⁷

No obstante, debe plantearse también que el intenso intercambio de productos científicos, el incremento en la calidad y cantidad de la información con la que es posible realizar el trabajo científico, así como la constante presión porque en las universidades se desarrolle un conocimiento cuya asimilación no esté necesariamente restringida a los "especialistas" puede favorecer, en el futuro, reflexiones sobre el conocimiento que permitan resituar el papel de las disciplinas (o interdisciplinas), los alcances de los trabajos realizados y aún la horizontalidad en el reconocimiento de problemas sociales entre investigadores de las más diversas procedencias. Todo esto, si logramos resistir a la obsesión del mercado y de los Estados por la ganancia inmediata y el conocimiento efímero.

Relaciones entre las investigaciones empíricas y la producción de teoría

Escasos esfuerzos se hacen hoy en día para comprender las relaciones que existen entre problemas sociales específicos y el proceso de redefinición y rearticulación de ejes problemáticos del conocimiento, concebido como totalidad. El principio "clásico" de que la sociedad es cognoscible porque está organizada tiene determinaciones específicas producto de las relaciones de poder, la consciencia colectiva o las formas de dominación, y ha sido sustituido en la práctica por una visión que tiende a limitar su horizonte a la búsqueda de vínculos inmediatos, o al reconocimiento de la dinámica de fenómenos específicos de organización social presuntamente independientes o, en todo caso, desarticulados. Paradójicamente, ha sido la teoría del caos la que más ha buscado en los últimos años reconocer las orientaciones generales de los cambios que se producen, así como las variaciones o tendencias que pueden definir el sentido de dichos cambios.

¹⁷ Axel Didriksson, "Escenarios de la universidad en México y América Latina", en Raquel Sosa (coordinadora), *América Latina y el Caribe: perspectivas...*, op. cit.

En la sociología que se produce en nuestros países, la visión dominante sostiene la negación de toda forma de vínculo estable entre los fenómenos sociales observados. No percibe relación susceptible de conformar siquiera una tendencia, a no ser por la casuística que puede derivarse de estudios empíricos hechos "por pedido". Así, estará en condiciones de afirmar, por ejemplo, que el incremento de la delincuencia se debe al incremento de la pobreza, como igualmente puede plantear que el desempleo está asociado a la falta de capacitación del trabajo, a la presencia de migrantes, etc., pero dicha sociología no llega jamás a plantearse los efectos que, en el plano del poder, la cultura, la organización social o el desarrollo, pueden tener las cuestiones que individualmente reconoce o hasta cuantifica. Correlaciones simples, causalidades biunívocas han sustituido a la reflexión sobre el conjunto de la sociedad.¹⁸

De toda esta pérdida de sentido, lo único que se perfila como problematización rescatable es que, a pesar de todo, abundante información empírica señala como factores a la generalización de la pobreza, la exclusión, la caída de todos los indicadores sociales (empleo, salud, educación, etc.), así como la creciente descomposición moral, social y política de nuestras sociedades. El efecto masivo de estudios que, sin buscarlo, muestran los niveles de desorganización y los intentos de reorganización autoritaria de nuestras sociedades puede ser, en el futuro, motivo de una preocupación por recuperar el sentido cualitativo que tienen los fenómenos que se observan, y las tendencias generales (también las resistencias frecuentes) hacia el establecimiento de sistemas, estructuras o formaciones sociales con articulaciones y relaciones cognoscibles y orientadas por intereses y voluntades determinadas.

La naturaleza de los cambios

El fin de siglo aparece, por primera vez en la historia moderna, como una negación de la posibilidad de cambios sociales profundos y radicales, dirigidos voluntaria y conscientemente por organizaciones de masas. El cambio que se anuncia es, en todo caso, el que está en condiciones de producir un grupo reducidísimo de expertos y tecnócratas financieros, quienes debieran también garantizar qué ocurra como secuencia de reordenaciones globales, y sin que en él intervenga el resto de la humanidad. Una especie de cerebro global dirige operaciones militares en lugares donde ocurren confrontaciones inconvenientes; modela a placer economías nacionales e intercambios globales; se da tiempo para elaborar su

¹⁸ Excepciones notables a esta regla son los textos de Sergio Bagú, *Catástrofe política y teoría social*, México, Siglo XXI, 1997; Pablo González Casanova, "Ciencias humanas y democracia en los albores del siglo XXI", en Raquel Sosa (coordinadora), *América Latina y el Caribe: perspectivas...*, op. cit.

ideología de "mundo feliz" y, de paso, se erige en autorreferencia de cambios futuros, es decir, negación de toda historia anterior.

Desde el otro lado del mundo, sin embargo, el cambio se produce en la esperanza surgida de la desesperanza. Imitación imposible de los comportamientos esperados por los conductores del cerebro global, el mundo bizarro en que nos obligan a vivir a quienes estamos en los márgenes del negocio global está poblado de autonomías imperceptibles de alcances variados: mujeres que sobreviven en pueblos de migrantes ausentes, niños que viven en coladeras en las zonas marginales de las ciudades; indígenas que realizan, ocultos o a plena luz del día, ceremonias religiosas y políticas milenarias. Ocupantes de todos de territorios sin nombre y sin destino, quienes no tienen otra opción que la lucha por la supervivencia han resultado más resistentes y amenazantes de lo que preveían quienes se dispusieron a borrarlos del mapa del mercado, por inservibles.

Es preciso –tardíamente reconocen los creadores del monstruo de la pobreza extrema, de la muerte masiva por enfermedades curables o epidemias, de la guerra como negocio permanente– integrar a algunos de ellos al mercado, salvarlos de la ignominia o, al menos, impedir que se vuelquen algún día contra los delirios de la civilización. Para ello hay que trabajar asediándolos en sus organizaciones, cercándolos militarmente en sus comunidades de origen o en las fronteras que cruzan por millones diariamente. Hay que obligarlos a que asuman su condición de excluidos, pero sobre todo, a que lo hagan en silencio.

Mas el monstruo crece. Los excluidos de hoy no son ya los mismos de hace unos años, los de las luchas contra las dictaduras o contra las guerras sucias. No son tampoco quienes encabezaron las gestas sindicales o políticas asociadas al proyecto socialista. Se presentan como los sin voz, los sin tierra, los que todo lo perdieron, los refugiados de todas las catástrofes. Escuchan y hablan con otros lenguajes, fincan su seguridad en la desconfianza, se rebelan ante la discriminación, la opresión y la miseria de modos no codificados desde el cerebro global o en la jerga de transdisciplinas científicas empeñadas en mantener sus pequeños espacios.

La condición de parias de los viejos y nuevos excluidos les ha obligado a conocer más del mundo que quienes tienen todo asegurado, aunque es evidente que también les ha incrementado la capacidad de ocultarse a la vista de observadores poco persistentes. Son el corazón del gran movimiento social de nuestra época, y tal vez, en manos de muchos de ellos radicarán la posibilidad más concreta de resistencia futura en la eventualidad de una confrontación global de mayores proporciones.

Si la exclusión no es en sí misma motor de cambios sino, posiblemente, elemento masivo de restricción del alcance de los cambios; si no es posible estudiarla como fuente de un nuevo sujeto histórico o vanguardia revolucionaria; si no manifiesta voluntad de organización y dirección específica colectivamente acordada, su impacto mundial es indudable y constituye, por sí misma, el reto más importante al conocimiento de las sociedades, de su lógica, de los límites de la obediencia y

sumisión a la autoridad, de la soberanía de los Estados más formidable de cuanto hayamos vivido hasta ahora.¹⁹

La sociología, si pretende influir en el destino de las sociedades, no puede cerrar los ojos ante este cambio inmenso, ni tratarlo simplemente como amenaza a sus pretensiones de continuidad disciplinaria. Reconocer detrás del aparente caos una nueva lógica del cambio social, desentrañar sus coordenadas, seguir sus pasos, es posiblemente la tarea más trascendente que se pueda plantear desde el conocimiento científico.

La alternativa puede ser inmediatamente más tranquilizante, y estará asociada durante algún tiempo a la continuidad de pequeños trabajos de investigación, cursos monográficos, discusiones internas, invención de saltos conceptuales. La tarea de conocer y reconocer al verdadero mundo en que vivimos y la magnitud de los cambios que se aproximan puede ser dolorosa y provocar infinita tensión en nuestras instituciones; pero sin la consciencia y colaboración de todos nosotros será indudablemente mucho más lenta e incierta.

¹⁹ Franz Hinkelammert, *Cultura de la esperanza y sociedad sin exclusión*, Costa Rica, Departamento Ecuménico de Investigaciones, 1995; Emir Sader (organizador), *Posneoliberalismo. As políticas sociais e o Estado democrático*, São Paulo, Paz e Terra, 1995.